

LA POESÍA DE HEINE

Hace algunos años, se puso sobre el tapete la cuestión de saber si debía erigirse en Maguncia un monumento en honor de Enrique Heine; un escritor de allá abajo, el Sr. Fischer, tuvo la ocurrencia de recoger, sobre tan grave asunto, las opiniones de aquellos de sus compatriotas más dignos de ser tenidos en cuenta, y abrió, en la *Gaceta de Francfort*, una de esas exploraciones que son algo así como una apelación á la tontería de los hombres de ingenio.

Las cosas pasaron como suelen pasar entre nosotros; las contestaciones fueron tan absurdas como pudiera desearse. El Sr. Fischer las ha reunido en un volumen (1), y si las publicaciones de este género llegan á la posteridad, testificarán cruelmente en contra nuestra.

Lo que resulta de esta consulta es que Enrique Heine no puede tener una estatua en Alemania, primero, porque ha hablado demasiado mal de los alemanes; pero, sobre todo, porque era judío. Por otra parte, es poco probable que nosotros erijamos el busto del desterrado en alguna de nuestras plazas públicas; una

(1) *Enrique Heine á la luz de nuestro tiempo* (*Heinrich Heine in Licht unserer Zeit*), Munich, un vol.

lápida satisfaría el celo de sus más fervientes admiradores.

Así es como el destino del poeta continúa siendo idéntico á sí mismo, á despecho de la muerte; su sombra sigue incierta y errante; por haber tenido dos patrias, no tiene ninguna.

No dudo de que esta desventura póstuma lo apene; era vanidoso, á la manera de los poetas; tenía, como todos los burlones, una suspicacia sombría. Pero el verdadero modo de honrar á los poetas no es erigirles monumentos, sino mantener en torno de su obra despierta y viva la curiosidad.

Desde este punto de vista, Heine se ve privilegiadamente tratado. Los alemanes pueden maldecir al libelista, pero saben de memoria los versos del poeta. Editores, biógrafos, críticos de ultra-Rhin le han consagrado trabajos importantes. Entre nosotros, es el único de los poetas alemanes que disfruta del privilegio de tener público.

No niego que tengamos un justo respeto para otros, para Göthe, por ejemplo; admiramos á Göthe, pero no sentimos afecto hacia él; por el contrario, el autor del *Intermezzo* es para algunos franceses de Francia, uno de esos escritores que llevamos en el corazón, y esto estriba en varias razones, entre ellas algunas puramente externas.

Heine ha vivido largos años entre nosotros; hablaba nuestra lengua, aunque con fuerte acento germánico, y la escribía, aunque de una manera muy incorrecta; nos ha alabado, aunque con bastante impertinencia; se ha mezclado en nuestra sociedad; ha estado en relación

con nuestros escritores, con nuestros artistas y hasta con nuestros hombres políticos. Nos hemos habituado á considerarle como uno de los nuestros, y su gracejo, acentuadamente alemán, pasa aún por haber sido una de las formas auténticas del *esprit* parisién.

Nuestra simpatía por Heine se funda, además, en otros motivos de más valor. Posee algunas de las cualidades que nos son queridas: su estilo es claro, sus composiciones son cortas. Gustamos de esos *lieds*, algunos de los cuales duran sólo lo que dura un suspiro, lo que un breve sollozo. Su brillo puro nos parece el de la gota de rocío que el sol talla á modo de diamante, ó el de la lágrima que brilla en una sonrisa. Por ellos ha llegado hasta nosotros lo mejor del sentimentalismo alemán, ó, para hablar con más exactitud, la poesía de Heine representa un matiz particular de sensibilidad que él ha creado y nosotros hemos acogido, y también éste debe tener su puesto en la historia de la poesía lírica de Francia. Así como hay una crítica alemana de la obra de Heine, también conviene que, paralelamente á aquélla, haya una crítica francesa.

El libro que M. Jules Legras acaba de consagrar á Enrique Heine como poeta (1), tendrá un honroso puesto en la literatura de *sujet*. Es una monografía elegante, cuidadosamente escrita y de agradable lectura. M. Legras se ha encerrado, digámoslo así, en la obra lírica de Heine, y, sin querer percibir nada de cuanto le rodea, rompiendo violentamente toda comu-

(1) *Henri Heine, poète*, par M. Jules Legras. Calmann Levy. Un vol. 8.º

nicación, ha hecho el estudio interno del desenvolvimiento de las facultades del poeta. Ha seguido rectamente el plan que á sí propio se había trazado, y ha hecho en efecto el libro que quería hacer. Probablemente se contentará con este elogio, y nos dejará en libertad de desear que hubiera concebido su trabajo con arreglo á un plan enteramente distinto.

Es un principio generalmente admitido el de que debe juzgarse á un autor con arreglo á sus intenciones, y que no hay derecho á pedirle cuenta de ellas; pero este principio es falso, porque si se le antoja á uno sostener una cosa absurda, por más habilidad que en ello demuestre, no dejará la cosa de ser una absurdidad hábilmente sostenida. M. Legras ha restringido por capricho el interés de su estudio; se ha prohibido severamente á sí propio señalar el puesto que la obra de Heine ocupa en la literatura alemana, y, con el mismo rigor, ha rehusado mostrar qué lazos le unen á la historia del pensamiento y de la sensibilidad en Francia; de suerte que este estudio, en que no se ve punto de partida ni de llegada, de nada parte y en nada queda.

Hay en esto para M. Legras una cuestión de método: se explica en este punto con una franqueza que no carece de elevación. De propósito deliberado ha afectado ignorar que Heine no ha escrito en el centro de un desierto. Ha querido reaccionar contra el procedimiento de una crítica demasiado sistemática. «Señalar corrientes literarias, dependencias incesantes entre el escritor, por una parte, su país, su tiempo y sus colegas, por otra; tal ha sido la tarea preferente de la generación bajo cuyo prisma hemos estudiado. Sólo que,

á fuerza de detenerse en el continente, ha descuidado á veces el contenido; ha hecho recaer nuestro interés en agrupaciones artificiales, y ha olvidado con harta frecuencia hacernos conocer á fondo las unidades. Verdad es que un escritor genial depende de su medio moral y físico, pero también depende de sí propio, de sus aptitudes y de sus antecedentes».

No es preciso tanto ruido ni derribar puertas que están abiertas. Todo el mundo concede hoy que no es preciso absorber á un escritor en su medio, y que todas las influencias que ha sufrido no son nada, si se han combinado con la originalidad del individuo; pero esta originalidad individual es un elemento irreductible que bravea toda explicación, si no todo análisis, dejándonos reducidos á hacer meramente constar su existencia, y al hacerlo, declaramos que no podemos llevar más allá nuestro estudio. La última palabra de la crítica, pareja en esto de la ciencia, es, pues, una mera confesión de impotencia; sin embargo, no debe resignarse á pronunciarla sino cuando ha agotado todos sus recursos: tanto se la empobrece cuando se la niega el derecho de enumerar y clasificar todos los elementos de que se ha servido el genio para realizar su obra.

En cuanto á Enrique Heine, en último resultado, debemos hacer constar que estaba dotado para la poesía lírica, que tenía una imaginación viva, una sensibilidad exquisita y que era hombre de ingenio; pero esto es no decir nada. Es, en efecto, uno de esos individuos en que vemos más vigorosamente impreso el sello de la raza, de la educación, del temperamento y de las circunstancias de la vida. Es judío; este es el

rasgo fundamental, del que derivan toda clase de consecuencias tan evidentes como numerosas. La religión, que en el curso de los siglos ha modelado el alma de un pueblo y que, á su vez, refleja su espíritu, esa religión que consoló á nuestros padres y por la cual lucharon hasta sacrificar su vida, es uno de los elementos más activos del sentimiento nacional; pero Heine, como perteneciente á una raza cosmopolita, se aferra menos que otros al suelo en que naciera; el destierro, insoportable para otros, le es más tolerable; persigue durante su vida toda el sueño de la fraternidad universal de los pueblos.

En la ciudad en que se deslizó su infancia, la raza judía era tenida por inferior, y la sociedad se cerraba ante sus representantes; esto fué para el niño causa de crueles sufrimientos y origen primero de la simpatía con que acogió las ideas de aquella revolución que acababa de conceder á los judíos el derecho de ciudadanía.

Por otra parte, no tuvo menos que sufrir de sus correligionarios, que le tuvieron por sospechoso, y el porvenir probó que no se habían equivocado. Soñador en un medio bancario y negociante, pariente pobre en una familia rica, siente pesar sobre sí el desprecio, se refugia en la ironía y adquiere desde entonces el pliegue del sarcasmo, del odio. Tiene, como todos los de su raza, la flexibilidad de la aptitud, la violencia natural, la tenacidad de los sentimientos, la aspereza de los rencores, y, por una herencia lejana, que no logra interrumpir, en estas familias cerradas, la mezcla de sangre extranjera, algo que subsiste en él de esa ima-

ginación semítica cuya sombría magnificencia se ve brillar en los libros hebraicos.

«Vine al mundo— escribe Heine— al fin de un siglo muy escéptico y en una ciudad en la que no sólo reinaba Francia, sino también el espíritu francés». La barrera del Rhin no es tan ancha que el viento procedente de Francia no pudiera entonces soplar de una á otra orilla. La madre de Enrique Heine, muy instruída, había leído nuestros libros y estaba henchida del espíritu de Rousseau. Ocupaban la ciudad nuestros soldados victoriosos, y el niño veía en ellos, más que invasores, héroes de una gloriosa epopeya. El tambor Legrand le comunicaba su entusiasmo sencillo por el emperador, y él mismo se acordaba de haberle visto pasar en medio de aclamaciones. Tan viva había sido la impresión recibida, que es una de las primeras que en él encuentra traducción poética, y que, por una intuitiva convergencia con el entusiasmo popular, él ha contribuído á hacer entrar en el arte la leyenda napoleónica.

Del mismo modo experimentaba íntimamente el encanto que produce la tierra alemana. La Alemania tierna y melancólica, la Alemania que sueña en las profundidades de sus bosques y á orillas de sus estanques, la de las leyendas, de los cuentos fantásticos, de las baladas y de los romances, la Alemania tradicional y convencional, es la que primero meció su espíritu. Tuvo una niñez dulce y recogida, rodeada de afecciones de familia y regocijada por infantiles amistades. «¡Oh Dios!— dice — en otro tiempo era tan bella la tierra y las aves cantaban sus eternos loores, y la peque-

ña Verónica me miraba con tranquilos ojos, é íbamos á sentarnos ante la estatua de mármol de la plaza del castillo..., del viejo castillo devastado, donde aparecen espectros, donde se pasea por la noche una dama sin cabeza, vestida de negro, con su larga cola flotante».

Al pie del devastado castillo de Düsseldorf extiende el Rhin sus aguas, de las que emerge, á la luz de la luna, todo un pueblo misterioso. Es la ondina que se baña; la ola se desliza sobre sus hombros y brazos encantadores. Allá arriba, la hermosa virgen Loreley está sentada, como aparición maravillosa; peina sus cabellos de oro, y la canción que entona atrae á los marineros hacia el abismo donde les espera la muerte. Las danzas de los *elfos*, las rondas de los *nixos*, los juegos de los *kóbolds*, toda esa fantasmagoría á que nadie da crédito en Francia, ni aun nuestros niños, ya críticos avispados, tiene allí sus creyentes.

Y es que, en efecto, no se encuentran tales huéspedes en nuestros bosques soleados ni en nuestras claras fuentes, ni soportan el viaje. Pero es preciso aceptar la confesión del poeta: «Cuando yo era aun muy joven, no pensaba más que en historias de encantamientos y de maravillas, y cada bella dama que veía, con sus plumas de avestruz en la cabeza, era para mí una reina de los *sibfos*, y, si observaba que la parte inferior de su túnica estaba mojada, la tenía por un hada ondina». Añadid la impresión de las primeras lecturas. Heine lee con pasión los libros de tradiciones populares y de canciones infantiles; se prenda vivamente de la poesía romántica que ensalzaba los recuerdos de la Edad Media caballeresca y legendaria. Uhland y Bürger son

sus maestros; está en relación con Lamotte-Fouqué y con Chamisso. Sello es éste que nunca se borrará.

Viene entretanto la prueba dolorosa que remueve hondamente la sensibilidad, despierta en lo más íntimo del corazón lejanos ecos y hace vibrar todo su ser; este dolor, ávido de expresión, encontrará prontamente su forma, y el alado coro de los sueños de antaño le dará prestigioso cortejo. Conocemos este episodio, en torno del cual han venido á concretarse los juveniles sufrimientos del poeta.

Es la historia ordinaria de una pasión violenta y desgraciada, «es una vieja historia eternamente nueva». Amelia, la hija del banquero Salomón Heine, era notablemente bella, rica y obsequiada; para ella era bien poco un pobre enamorado, un primo, obscuro oficinista, sin habilidad para los negocios y tan sin porvenir como sin vocación. El se dió cuenta de su indignidad, no confesó este amor, que hubiera sido desdeñado, y tras un martirio de tres años, cuando se hubo casado la bella prima, el sufrimiento acumulado y contenido explotó en una serie de cantos dolorosos. Este es el tema principal cuya expresión sólo hace variar el poeta en toda la primera serie de sus *lieds*, y que recibe su forma más acabada en las dos colecciones del *Intermezzo* y el *Regreso*. Más tarde, después de las múltiples aventuras y los tristes extravíos, en los tiempos de su larga agonía, aun vuelve á hallar el poeta, en la parte más sana de su corazón, su amargo y exquisito recuerdo.

Lo que constituye el encanto de estas primeras poesías, es que en ellas tiene ya el arte tanta seguridad y

maestría como frescura el alma que se nos ofrece en ellas; que, á la vez que la intensidad de la pasión, hay en ella toda la candorosidad del amor juvenil. La expresión está por doquier floreada de puerilidades y novadas, en cuanto es conveniente; la sensiblería se ostenta en ella sin falso pudor. En el vasto mundo, en la naturaleza, no percibe nada el poeta que no le recuerde su sufrimiento y que no sea símbolo de su amor: es su propio dolor el que oye gemir en la queja de las muertas generaciones; él es el sombrío convidado que se ve aparecer en el banquete de boda y que murmura al oído de la desposada la olvidada promesa; para él es el sudario que lava en el agua de la fuente la doncella del bosque encantado, y las burlas de los espectros, reunidos en torno del fantástico violinista, escarnek dolores parecidos á los suyos.

Los mismos cuidados que asaltan sus días, hostigan sus noches, y sus ensueños le ofrecen las mismas obsedentes imágenes: «todas las noches te miro en sueños»; «mi antiguo sueño se ha reproducido»; «me vi la otra noche en sueños...»; «lloraba en sueños»; «soñé que habías muerto...» La naturaleza es su confidente: los árboles le hacen al paso signos de inteligencia; las violetas tienen miradas para él; las estrellas sonrisas y las sonrisas lágrimas. «La noche era fría y muda; yo recorría tristemente el bosque». «Sacudía el sueño de los árboles; ellos inclinaban su cabeza con aire de compasión». Amó verdaderamente con toda su alma, con todas las fuerzas de su energía juvenil, con todos los tesoros de su imaginación de poeta. Por esto es preciso que el féretro que se le busque sea tan grande,

más aun que el gran tonel de Heidelberg, más largo que el puente Maguncia, pues en él depositará su amor y sus sufrimientos.

El primer amor del poeta yace en la tumba; pero lo más triste de la vida es que dejamos en el camino queridos compañeros que eran nuestro propio ser. Volverá á florecer el corazón de Heine en una *Nueva primavera*, pero ésta ya no valdrá lo que la otra, ó más bien este corazón, al compás de sus pasajeras alianzas, irá envileciéndose continuamente. «Estoy condenado — dirá — á no amar más que lo que hay en el mundo de más bajo y de más loco; comprended, pues, cuánto debe atormentar esto á un hombre altivo y de mucho ingenio». Desde entonces vemos desfilar por sus obras una serie de figuras de mujer cada vez más vulgares. Acabará por enlazar su suerte á la de una *grisette*, tan necia como bella, la guanterera Matilde.

El hogar de la vida interior se ha extinguido; en sus ojos, fijos en otro tiempo en pálidas visiones, se refleja ahora el móvil espectáculo de las cosas. Heine se ha hecho un admirable pintor de la naturaleza externa. Pinta las marinas de *El mar del Norte*, pintará las montañas del Hartz y los montes Pirineos. Llega á París, se mezcla en política y escribe en periódicos; frecuenta los salones y, en el baile de la *Grand Chaumière*, se hace presentar á princesas y á Chicard. Se hace ocurrente de profesión, y esto sí que es grave, como, con razón, escribe M. Jules Legras: «No puedo menos de ver, en el desenvolvimiento exclusivo y anormal de *la mot d'esprit*, en la obra de Heine, una influencia nefasta de su permanencia en París». En efecto, nada

ha contribuido más á afirmar su renombre entre nosotros que su reputación de hombre ingenioso; sus ocurrencias felices se han hecho clásicas. Pero estas frases felices no están sacadas de sus obras; han llegado hasta nosotros repetidas de boca en boca, desde los contemporáneos del poeta. Por estas frases, y no por su valor poético, conquistó un puesto en el *boulevard* y en los salones de París.

El *sprit* vino á ser para él una necesidad, una especie de *nobleza obliga*, y tomó la costumbre, cosa bien fácil para él, dado su natural cáustico, de emplearle constantemente. Por otra parte, el aislamiento moral en que vivió, le privó de la facultad de apreciar el alcance de sus «jocosidades satíricas». El hombre de ingenio perjudicó al poeta. En sus nuevas colecciones se burla de la sinceridad de las precedentes. Se repite, se toma á sí mismo procedimientos, se hace, en fin, una retórica. Reemplaza los ensueños amorosos con imágenes licenciosas; siembra sus versos de bromas groseras, de equívocos y alusiones obscenas. Sus mejores páginas, la caza fantástica de *Alta Troll*, la vuelta al hogar materno en *Germania*, le son inspiradas por el recuerdo de su país natal.

Decididamente, el aire de París no fué favorable á su fantasía lírica; en él se agotó, en él se embasteció su gusto. Le ocurrió la misma desgracia que á nuestro Voltaire le produjo su estancia en Prusia. Es que, fuera de su patria, el escritor deja de estar en sí mismo; aunque, en nuestra vanidad, creemos ser dueños de nuestra fortuna y que podemos llevarla bajo extranjero cielo, lo mejor de nuestro espíritu y de nuestra sensi-

bilidad no proviene de nosotros mismos, sube del suelo natal cultivado por nuestros abuelos y al cual nos ligan misteriosas y profundas raíces.

Probablemente Enrique Heine se dió cuenta de ello y por eso no nos ha querido. Parece una paradoja, y, sin embargo, es una verdad: Heine detestó á Prusia y no amó á Francia. Ha vivido entre nosotros, ha encontrado toda suerte de ventajas, que se guardó bien de desconocer: la libertad, una pensión, una acogida lisonjera, satisfacciones de amor propio, goces fáciles; nos dió su ingenio, pero no nos concedió su afecto, ni aun creo que su estima.

Era la antítesis de un patriota; pero, en lo íntimo de sus sentimientos, permaneció fiel á esa tierra alemana donde un día entretejiera sus tiernas rimas con el perfume de las violetas y los rayos de la luna. «Alemania — dice, — mi amor lejano, cuando pienso en ti, se me saltan las lágrimas; la Francia me parece triste; este pueblo ligero me pesa de un modo abrumador». «A veces me parece que oigo sobre mi cabeza el rumor de las encinas de Alemania; me hablan susurrantes de una futura vuelta, pero no es más que un sueño, desaparecen. A veces creo oír cantar, como en otro tiempo, los ruiseñores alemanes. ¡Qué dulcemente me envuelven sus acordes! Pero no es más que un sueño, se callan!» Recuerdos pasajeros, quejas á medio suspirar y sin esperanza. No se trata ya de volver, pues va á comenzar la agonía que durará siete años, y va á clavar al moribundo en esa tumba de colchones que no ha de cambiar más que por la del cementerio.

El poeta reaparece en el moribundo, y aquello que

parecía agotado ó deslucido, la enfermedad lo renueva y depura. El autor de los *Reisebilder* había escrito estas líneas que, leídas después, nos conmueven á modo de un presentimiento doloroso: «Sólo el enfermo es hombre; sus miembros cuentan una historia de sufrimientos: se han espiritualizado». Tal fué, al menos, la influencia del padecer físico sobre su talento.

Aquella que «apoyando tiernamente la cabeza sobre su corazón» había hecho blanquear sus cabellos, cerrarse sus ojos y paralizarse sus miembros, «la mujer negra», fué para él una musa, á quien debemos el *Romancero* y el *Libro de Lázaro*. Ella ha hecho de Heine uno de los poetas que mejor han expresado la angustia de la enfermedad y de la muerte; ella le ha arrancado gritos patéticos sobre la fealdad de este mundo que encanta y sobre la secreta voluptuosidad del dolor; ella ha enseñado al escéptico burlón una piedad nueva para con los sufrimientos de la humanidad; ella ensanchó su corazón y le reveló la importancia de enigmas más graves que el de la traición de una mujer. «¿Por qué el justo se arrastra ensangrentado bajo el peso de su cruz, mientras el malvado, feliz cual triunfador, se pavonea sobre su corcel altivo?... Tales son las preguntas que sin cesar nos hacemos, hasta que se nos cierra la boca con un puñado de tierra;—pero, ¿es esto una respuesta?» Visiones macabras pueblan su cerebro; se le aparece el mundo en atroces cuadros. La ironía del destino que se mofa de la inofensiva ironía de los infelices humanos, da como epílogo á la obra de este burlón, abundante en frases chistosas, estos poemas de desolación.

Ahora poseemos ya los elementos que, al combinarse, van á permitirnos definir la sensibilidad de Heine. Hallamos en su base la enfermedad; porque la parálisis final no fué más que la última etapa del mal que padeció Heine toda su vida. Por lejos que nos remontemos en su correspondencia, en sus recuerdos, en los de sus amigos, le encontramos siempre en lucha con alguna manifestación del mal anterior. Esta enfermedad nerviosa que se traduce por la inquietud de todo su ser, por esos cambios sin causa aparente, esas bruscas reacciones, ese humor caprichoso, esa inestabilidad de carácter, ese choque de impresiones, esa especie de desgarramiento continuo.

Ocurre en otros que tales disposiciones pueden ser combatidas, atenuadas ó aniquiladas por influencias saludables y por una paciente educación de la voluntad. Pero, precisamente, todas las influencias que experimentó Heine contribuyeron á acrecentar esta movilidad natural. Nace en Alemania en tiempo de la ocupación francesa; es judío y educado por sacerdotes católicos; más tarde se convierte al protestantismo, y él mismo se desprecia por haberse convertido: «El sábado último—dice—fuí al templo y tuve la alegría de oír con mis propios oídos las frases impetuosas del doctor Salomón contra los judíos bautizados, contra esas gentes—decía, con una intención mordaz muy particular,—que, por la sola esperanza de llegar á algo (*ipsissima verba*), se dejan arrastrar hasta hacerse infieles á la creencia de sus padres. Te aseguro que la predicación fué buena...»

Admira á Blücher y escribe *Los dos granaderos*; tie-

ne la vocación de las letras y se le destina al comercio; aristócrata por gustos, es revolucionario por profesión; soñador, se convierte en hombre de combate; ruiseñor alemán, anida en la peluca de Voltaire; romántico desenfrailado, se ve imbuido en las ideas de la Enciclopedia; soldado indisciplinado, acribilla con sus dardos las causas mismas que defendía; aflige á sus amigos y desanima á sus más fervientes partidarios. Está fuera de su país, fuera de su clase, fuera de su casta y fuera de su carácter. Expatriado, desarraigado, incapaz de hallar un sostén, vivió como ausente de sí mismo, sin poder adherirse á una idea ni fijarse en un sentimiento. Hay en Enrique Heine dos seres que se observan y contrarían; las emociones del uno acaban en la risa del otro. No es posible aun dilucidar si un hombre presa de este dualismo se ve penosamente afectado por él, ó si en él encuentra un perverso placer, el malvado goce del renegado.

Esto explica la manera que Heine tiene de concebir el amor, concepción que, tal como ella se desprende del conjunto de sus obras, es la que le da vida para nosotros. Heine ocupa un lugar aparte entre todos los que han hablado del amor, y le debe á esa sensibilidad exasperada é inquieta de que estaba dotado.

Bien sabido es que la manera en que los poetas han hablado de este sentimiento no procede de la experiencia; á despecho de los mentís que la realidad ha podido darles, han continuado percibiéndole sólo á través del sueño que ellos habían creado, y este sueño le han tejido con la tela de su propia alma, con sus disposiciones naturales y sus íntimos sentimientos, con su me-

lancolía ó su entusiasmo, su delicadeza ó su violencia. Han vestido objetos indignos con matices seductores; vendidos, han bendecido sus sufrimientos, é inconstantes y engañadores, han ido de buena fe cuando prometían. Bajo la roca que se pulveriza, á la faz del móvil cielo, han cambiado juramentos de eternidad. Esto es el amor: la vanidad que dispone de lo infinito, la ilusión de la eternidad en que sueña la criatura de un día.

Esta ilusión no ha engañado un solo momento á Enrique Heine. Ser dichoso por medio del amor es el deseo absurdo nunca logrado, pues se costea la isla encantada sin poder tomar tierra en ella:

«Ambos, mi amor, juntos íbamos
Tristes, en barca ligera;
En muda noche surcábase
Líquida extensión inmensa.

—
Isla encantada y bellísima
La luna acusaba apenas,
Do suenan de amor los cánticos
Y giran rondas de niebla.

—
A más y mejor cantábase,
Danzábase por doquiera;
Pero nosotros bogábase
Tristes por la mar inmensa» (1).

(1) *Intermezzo*: 42.

No se le engaña, pues, con vanas promesas: ¿no sabe él que todo lo que hay en la tierra de más bello tiene que perecer miserablemente? ¿El mismo, en el momento en que expresa su dolor, no tiene la conciencia de que al expresarle le agota? Dejad pasar un poco tiempo y ya no habrá en la nueva canción huella de las penas pasadas.

«Todavía, ¡si en lugar del amor pudiera contentarse con el placer! Muchas veces lo ensayara y creyó haber exorcizado el fantasma de un sueño imposible:

«Tú no me amas, tú no me amas;
Pero eso poco me apena:
Si logro ver tu semblante
Más gozo un rey no tuviera» (1).

Pero no está contento. El placer sensual no le basta. En los brazos de sus amadas de ocasión se ve perseguido por la inmaterial imagen de la muerta María.

Hay siempre el mismo juego de contradicciones, el mismo desacuerdo consigo mismo. Por consecuencia, y á la inversa, nunca está Heine más cerca de hallarse realmente conmovido que en el preciso momento en que se burla de su emoción. Se reprocha su necedad; sabe que el sol, la luna y las estrellas estallan de risa: «¡Yo me río de ellos... y me muero!» Se da cuenta de que representa la comedia de los discursos amorosos, y, preso en sus propias redes, la burla se convierte entonces para él en una cosa seria: «Al fin—dice—llegó

(1) *Intermezzo*: 12.

la hora de renunciar prudentemente á mi locura; hace largo tiempo que, como un histrión, represento conmigo mismo la comedia. Las magníficas decoraciones estaban pintadas al alto estilo romántico; yo vestía manto de caballero, chispeante de oro, y estaba perfumado con los más delicados sentimientos. ¡Ay! ahora que me he hecho prudente y he renunciado á ese sentimentalismo loco, me siento tan desgraciado como si siguiera representando la comedia. ¡Oh, Dios mío! ¿Es que bromeando y sin tener conciencia de ello he expresado lo que realmente experimentaba, y tenía la muerte en el corazón cuando hacía el papel de gladiador moribundo?»

Sentir con tal viveza y permanecer tan clarividente; no poder ni aun engañarse á sí mismo; desprenderse hasta cierto punto de quimeras á las que no se puede renunciar; renegar de las emociones cuya herida lleva uno en sí propio; tal es el suplicio. No es exacto decir que todo irónico es un sentimental, pues la mayor parte de las veces la ironía no delata más que la sequedad del corazón. Y, al mismo tiempo, es verdad que el sentimentalismo se compagina de buen grado con la necedad. Pero la mezcla de la ironía con el sentimentalismo es un compuesto de un sabor extraño, extrañamente amargo.

Tal es la nota que pertenece en propiedad á Enrique Heine. Si se piensa en ello, se verá que antes de él nada semejante se había hallado en nuestra literatura. No son estos los ardores insaciables; no es esta la retórica del romanticismo, ni la meditación completamente religiosa de Lamartine, ni la inspiración robusta de Víctor Hugo, ni el pesimismo científico de

Vigny, ni las alternativas de desesperación y de ligereza descuidada de Musset; ni aun el lloriqueo de los elegíacos nos ofrecen una mezcla análoga. Pero, al contrario, el eco de esta tristeza irónica le encontramos entre aquellos de nuestros escritores que fueron amigos, lectores ó traductores de Heine, citándose notables ejemplos en Théófilo Gautier, en Banville, y, sobre todo, en Gerardo de Nerval, mejor preparado por sus propias disposiciones á sufrir el contagio. Es uno de los elementos que han impreso á la poesía de Baudelaire su carácter voluptuoso y enfermizo, y de la imitación de Baudelaire ha surgido toda una escuela que, de decadencia en decadencia, ha llegado hasta los representantes del *decadentismo* reciente.

Una vez hallada la fórmula, no podía menos de llegar á ser de dominio común; la vemos utilizar en torno nuestro por nuestros más insignificantes cronistas. Mas no es nuestra intención hacer responsable á Enrique Heine de las torpes imitaciones que de su manera se han hecho; antes bien, es justo ver en la especie particular de su sensibilidad un principio que, introducido en nuestra literatura, ha producido una floración de un encanto seductor y morboso.

HEINE

INTERMEDIO LÍRICO

(INTERMEZZO)

POEMA EN CANCIONES (LIEDS)

Versión en metro castellano de la 55.ª edición alemana

POR

LORENZO GONZÁLEZ AGEJAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
10do. 1625 MONTERREY, MEXICO